especial para El Financiero, edición del 23 de enero de 1992

Aspe londinense

miguel ángel granados chapa

El alza en los bonos políticos y administrativos del secretario de Hacienda Pedro Aspe tuvo ya un primer reflejo internacional. El titular de las finanzas públicas se encuentra en Londres, en cuya famosa escuela de economía sustentará la cátedra Lionel Robins. Antes que él la ocupó su maestro en el MIT, Rudiger Dornbusch, un economista neoliberal que por ese antecedente goza de gran predicamento en los círculos que mandan actualmente en México.

Como carta de presentación en la capital británica, Aspe concedió una extensa entrevista a la agencia Reuter. Sin ser propiamente triunfalista, las palabras de Aspe denotan una evidente satisfacción. Se advierte claramente que se asume no sólo como el secretario de Hacienda dotado de plenos poderes sobre entradas y salidas de los dineros nacionales, sino también como el responsable de la reprivatización, es decir el escultor de la nueva, escuálida figura del Estado mexicano, y como negociador de la deuda, que lo había hecho ya un personaje habitual de los ambientes financieros internacionales.

Aspe, en su entrevista, fue menos contundente respecto de las condiciones que prevalecen en México, de lo que fue su colaborador, el subsecretario para asuntos internacionales. Orador en una reciente reunión del ~~cuadro~~ ^{servicio exterior} mexicano, cantó el panegírico de la actual administración y, anticipándose al tiempo, pregonó que las reformas introducidas en el campo financiero y rural son "irreversibles". El llamado en su momento "angel de la dependencia" (que se quiso mostrar como lo contrario en la conversación sostenida la semana pasada con José Gutiérrez Vivó en Radio Red) haría bien en reflexionar sobre el hecho de que todo movimiento o idea que se tuvo a sí mismo como eterno acabó siendo negado, porque la historia es un fluir incesante, de condiciones esencialmente mudables.

Pero volvamos a Aspe. Su visión del momento del desarrollo mexicano en que es protagonista difiere claramente del que expresan, en la misma primera plana

de El Financiero, de ayer, representantes de industriales pequeños y pequeñísimos. Aspe es optimista, mientras que Manuel Villagómez, presidente de la Confederación Nacional de Micronindustrias, y Adolfo Valles Septién, dirigente de la Asociación Nacional de Industriales de la Transformación son pesimistas. El diferendo entre la posición oficial y la de los representantes empresariales no es fortuito, ni ~~así~~ aislado. Esa brecha suele presentarse, no sólo porque las partes disponen de informaciones diferentes, sino también porque una deformación profesional de los funcionarios gubernamentales los conduce a ~~se~~ confundir las intenciones o las previsiones con las realidades y los efectos.

Más grave es la diversidad de apreciaciones cuando del lado gubernamental se descubre una manifiesta pretensión si no de engañar, al menos de presentar glamorosamente hechos llanos, y antiguos. En la misma edición de El Financiero de ayer, con enfoques distintos pero complementarios, Enrique Quintana y Sergio Sarmiento se refieren a uno de esos hechos. Se trata del anuncio, extemporáneo o reiterativo, propagandístico en cualquier caso, de la desgravación de ciertos renglones del impuesto sobre productos del trabajo. En efecto, como lo recuerdan ambos analistas, el esquema estaba ya en operación, y las modalidades recientes fueron conocidas en los diversos momentos del proceso legislativo que concluyó con la aprobación de la miscelánea fiscal. El que se hubiera extraído del maremagnum informativo de aquel momento el caso particular de las desgravaciones sería hasta agradecerable de no mediar el hecho de que las cosas se presentan como lo que no son. Sin tratarse propiamente de un engaño, su resultado es semejante al que produce un cronista de boxeo que, para halagar el sentido patriótico de sus escuchas, atentos seguidores al encuentro de un campeón nativo con el retador extranjero, narra cómo "nuestro campeón hunde violentamente su nariz en el puño del adversario".

Con frecuencia, los funcionarios gubernamentales se sorprenden de que los ciudadanos comunes no aprecien ~~xxxxxxx~~ como ellos lo hacen circunstancias de la vida pública. Del asombro por la diferencia no es infrecuente que se brin

que a la irritación y luego al desdén, aunque esas dos últimas fases pueden ser intercambiables. Especialmente quienes se han formado en el extranjero, y tiene a su cargo los ramos financieros, adolecen de esas inclinaciones. Los mejores entre ellos se duelen de la incomprensión que padecen, pues no obstante que según sus cuentas estamos ya viviendo en el mejor de los mundos posibles, el vulgo se muestra reacio a creerlo.

Lo que sucede es que la corta edad de esos funcionarios suele hacerlos incurrir en miopía. Tal como Gurría lo dijo, creen que lo que hacen ahora durará para siempre. Los creadores de las instituciones gubernamentales de participación en la economía, en los años anteriores a 1982, incurrieron en semejante presbicia, sólo que de sentido contrario. La tentación de creer que la historia empieza o acaba ante nuestros ojos, y a causa de nuestra acción, es difícil de resistir, especialmente cuando se parte del prejuicio mesiánico de que ha llegado la hora de salvar a este pueblo mestizo de las supersticiones políticas que lo hundieron en el atraso.

Aspe Londinense *23 enero 92*Miguel Angel Granados Chapa *Julio*

El alza en los bonos políticos y administrativos del secretario de Hacienda, Pedro Aspe, tuvo ya un primer reflejo internacional. El titular de las finanzas públicas se encuentra en Londres, en cuya famosa escuela de economía sustentará la cátedra Lionel Robbins. Antes que él la ocupó su maestro en el MIT, Rudiger Dornbusch, un economista neoliberal que por ese antecedente goza de gran predicamento en los círculos que mandan actualmente en México.

Como carta de presentación en la capital británica, Aspe concedió una extensa entrevista a la agencia Reuter. Sin ser propiamente triunfalistas, las palabras de Aspe denotan una evidente satisfacción. Se advierte claramente que se asume no sólo como el secretario de Hacienda dotado de plenos poderes sobre entradas y salidas de los dineros nacionales, sino también como el responsable de la reprivatización, es decir el escultor de la nueva escuálida figura del Estado mexicano, y como negociador de la deuda, que lo había hecho ya un personaje habitual de los ambientes financieros internacionales.

Aspé, en su entrevista, fue menos contundente respecto de las condiciones que prevalecen en México, de lo que fue su colaborador, el subsecretario para asuntos internacionales. Orador en una reciente reunión del servicio exterior mexicano, cantó el panegírico de la actual administración y, anticipándose al tiempo, pregonó que las reformas introducidas en el campo financiero y rural son "irreversibles". El llamado en su momento "ángel de la dependencia" (que se quiso mostrar como lo contrario en la conversación sostenida la semana pasada con José Gutiérrez Vivó en Radio Red) haría bien en reflexionar sobre el hecho de que todo movimiento o idea que se tuvo a sí mismo como eterno acabó siendo negado, porque la historia es un fluir incesante de condiciones esencialmente mudables.

Pero volvamos a Aspe. Su visión del momento respecto al desarrollo mexicano en que es protagonista difiere claramente de la que expresan, en la misma primera plana de EL FINANCIERO, de ayer, representantes de industriales pequeños y pequeñísimos. Aspe es optimista, mientras que Manuel Villagómez, presidente de la Confederación Nacional de Microindustrias, y Adolfo Valles Sep-tién, dirigente de la Asociación Nacional de Industriales de la Transformación, son pesimistas. El diferendo entre la posición oficial y la de los representantes empresariales no es fortuito, ni aislado. Esa brecha suele presentarse no sólo porque las partes disponen de informaciones diferentes, sino también porque una deformación profesional de los funcionarios gubernamentales los conduce a

confundir las intenciones o las previsiones con las realidades y los efectos.

Más grave es la diversidad de apreciaciones cuando del lado gubernamental se descubre una manifiesta pretensión si no de engañar, al menos de presentar glamorosamente hechos llanos y antiguos. En la misma edición de EL FINANCIERO de ayer, con enfoques distintos pero complementarios, Enrique Quintana y Sergio Sarmiento se refieren a uno de esos hechos. Se trata del anuncio, extemporáneo o reiterativo, propagandístico en cualquier caso, de la desgravación de ciertos renglones del impuesto sobre productos del trabajo. En efecto, como lo recuerdan ambos analistas, el esquema estaba ya en operación, y las modalidades recientes fueron conocidas en los diversos momentos del proceso legislativo que concluyó con la aprobación de la miscelánea fiscal. El que se hubiera extraído del maremágnum informativo de aquel momento el caso particular de las desgravaciones, sería hasta agradecible de no mediar el hecho de que las cosas se presentan como lo que no son. Sin tratarse propiamente de un engaño, su resultado es semejante al que produce un cronista de boxeo que, para halagar el sentido patriótico de sus escuchas, atentos seguidores al encuentro de un campeón nativo con el retador extranjero, narra cómo "nuestro campeón hunde violentamente su nariz en el puño del adversario".

Con frecuencia, los funcionarios gubernamentales se sorprenden de que los ciudadanos comunes no aprecien, como ellos lo hacen, circunstancias de la vida pública. Del asombro por la diferencia no es infrecuente que se brinque a la irritación y luego al desdén, aunque esas dos últimas fases pueden ser intercambiables. Especialmente quienes se han formado en el extranjero y tienen a su cargo los ramos financieros, adolecen de esas inclinaciones. Los mejores entre ellos se duelen de la incomprensión que padecen, pues no obstante que según sus cuentas estamos ya viviendo en el mejor de los mundos posibles, el vulgo se muestra reacio a creerlo.

Lo que sucede es que la corta edad de esos funcionarios suele hacerlos incurrir en miopía. Tal como Gurría lo dijo, creen que lo que hacen ahora durará para siempre. Los creadores de las instituciones gubernamentales de participación en la economía, en los años anteriores a 1982, incurrieron en semejante presbicia, sólo que de sentido contrario. La tentación de creer que la historia empieza o acaba ante nuestros ojos, y a causa de nuestra acción, es difícil de resistir, especialmente cuando se parte del prejuicio mesiánico de que ha llegado la hora de salvar a este pueblo mestizo de las supersticiones políticas que lo hundieron en el atraso.